

COLOR

He pasado gran parte de mi vida en hospitales, luchando contra un huésped que me aterra, que me debilita, que me quita el sueño desde hace mucho tiempo. Pero no me rindo, ni me pienso rendir. Sigo luchando, día a día, minuto a minuto por mantenerme fuerte, sin flaquear, sin darles rienda suelta a esas emociones que me fustigan y vuelven mi día más gris por momentos, algún día será negro, sé que lo será, pero hasta entonces yo estaré intentando devolverle el color

Hoy hablé con mi madre, acababa de llegar. Le pregunté cómo estaba, con la misma sonrisa de siempre, no debía permitir que el gris se apoderase de mí. Pero yo sabía que algo no estaba bien. Podía ver en sus ojos que estaba ocultando algo. Así que le pregunté de nuevo.

- ¿Es mi enfermedad, mamá? Dime la verdad... por favor. - le dije.
- No, hijo. Estás mejorando día a día. No te preocupes por eso - me respondió ella sin mirarme a los ojos.

Al instante, se me fue la sonrisa. Era la primera vez que había buenas noticias, y me las decía sin mirarme a los ojos. Sabía que había algo que ella no me estaba diciendo.

- Las conversaciones siempre son peligrosas si se quiere esconder alguna cosa - volví a insistir con firmeza.

En ese momento, mi madre rompió a llorar. Justo entonces supe que algo estaba muy mal. Me di cuenta de que mi día se volvería negro, mucho antes de lo que me pensaba. Una mezcla de miedo, tristeza y frustración me invadió de repente. Un nudo se formó en mi garganta, no me permitía formular una sola palabra, el aire se resistía a entrar, notaba los latidos cómo retumbaban envolviendo mi cabeza, cada vez más lentos. Miré a mi madre, seguía llorando en la silla de la entrada, yo mientras hacía lo posible por mantenerme en pie. Su silueta cada vez se tornaba más borrosa. Cerré los ojos y lo vi, vi negro, vi cómo en todo mi mundo se desvanecía el color. No hui, me relajé, dejé que me cogiera y me llevase con él...